

Los problemas de la traducción en las lenguas clásicas

Felipe G. Hernández Muñoz
Univ. Complutense de Madrid

"Traidor, el traductor", dice el conocido adagio italiano. "Sepa todo el mundo –escribía Dante en el *Convivio*, I, 7– que ninguna obra inspirada por las Musas puede ser traducida de una lengua a otra sin perder dulzura y encanto". Y a propósito de las traducciones de Platón, nuestro Ortega (*Obras completas*, Madrid 1947, V, 450–451) insistía en lo mismo con las siguientes palabras:

Quando se compara con el texto una traducción de Platón, aun la más reciente, sorprende e irrita, no que las voluptuosidades del estilo platónico se hayan volatilizado al ser vertidas, sino que se pierdan las tres cuartas partes de las cosas, de las cosas mismas que actúan en las frases del filósofo y con que éste, en su viviente pensar, tropieza, que insinúa o acaricia al paso.

En esta imposibilidad de la traducción perfecta radica el principal "problema" de la traducción, también en las lenguas clásicas¹. Nunca dos palabras de dos lenguas son exactamente superponibles. Cada lengua es expresión de una "Weltansicht" particular, de una mentalidad diferente

1 Seguimos las líneas fundamentales de nuestro capítulo "La traducción", dentro de la obra colectiva, dirigida por J. Lasso de la Vega (1992), *La enseñanza de las lenguas clásicas*. Madrid.

que no permite la simple trasposición porque el curso de las representaciones sigue en ella su marcha diferente, como diferentes son también la cadena de asociaciones y la pintura musical de cada autor. Por ello, todo lenguaje está limitado por una cierta frontera de inefabilidad, como concluía Ortega (*ibid.*, 440) y recordaba recientemente Carmen González Vázquez en un trabajo sobre las traducciones de los términos latinos *opus*, *opera* y *labor*².

Ahora bien, sentada la premisa de que la traducción perfecta es una utopía, un *desideratum* que nunca se alcanzará del todo, ¿debemos por ello dejar de traducir? Evidentemente, no. Azorín (*Memorias inmemoriales*, en *Obras*, Madrid 1962, 1310) protestaba de aquellos que, llevados por un celo demasiado purista, veían en toda traducción la sombra de la sospecha: "No repudiamos las traducciones, no nos escandalicemos con las traducciones. ¿Podemos leer todos la Imitación de Cristo en latín? ¿Y la Odisea en griego? Y si tenemos que leer las obras maestras, ciertas obras maestras, en traslados más o menos fiables, ¿por qué hacer esos gestos de desabrimiento ante las traducciones?".

Con Renan habremos de decir que, de alguna manera, "una obra no traducida sólo está publicada a medias" y la Historia de la traducción es testigo de los esfuerzos titánicos por acercarse a esa imposible traducción perfecta: a título de ejemplo, recordamos aquí el caso de Loenen³, que ensayó hasta veinticuatro versiones distintas de la primera línea de la Apología platónica sin que ninguna le satisficiera por completo, o el más señero de Goethe, quien en su *Fausto* nos presenta al protagonista intentando traducir al alemán las primeras palabras del *Evangelio de San Juan*, ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ Λόγος, dudando sobre el sentido, tan amplio en griego, de la última: "En el principio era"... ¿"das Wort" ("la Palabra"), "der Sinn" ("el Concepto"), "die Kraft" ("la Fuerza") o "die Tat" ("la Acción")? Labor, pues, la de la traducción siempre imperfecta, pero también siempre necesaria, como quería nuestro Azorín. Labor, además, exigente, muchas veces ingrata, que requiere del traductor un continuo esfuerzo y una paciencia casi inagotable.

2 Comunicación presentada a los *Encuentros sobre la traducción*, Universidad de Cádiz, 1992.

3 Cf. J. de Vries (1958) en el vol. col. *Is de Griekse literatuur vertaalbaar?*. Zwolle, p. 41.

Si hay consenso en admitir que la traducción perfecta es imposible, pero que no por ello debe perderse el empeño por traducir (y nuestra época es testigo de una inusitada y bienvenida proliferación en el mercado editorial de la traducción de los clásicos), las voces más discordantes se oyen cuando se afronta el modo de traducir. Unas teorías se suceden a otras sobre la "única manera" correcta de hacerlo. Podemos hablar de dos generales según la finalidad perseguida: la informativa o la literaria. En su ensayo *Sobre los diferentes métodos de traducir* las distinguía Schleiermacher⁴ de la siguiente manera: o se trae al autor al lenguaje del lector o se lleva al lector a la lengua del autor. Dicho de otra manera: la traducción que respeta el contenido o la que respeta la forma. Toda traducción supone una tensión entre ambos principios, un *certamen atque aemulatio* para decirlo con Quintiliano (X 5, 4). Con toda razón escribía G. Humboldt en 1796 en carta dirigida a A. W. Schlegel:

Toda traducción me parece un intento de resolver una tarea imposible. Pues todo traductor debe siempre naufragar en uno de dos escollos: o bien a costa del gusto y de la lengua de su nación aferrarse demasiado estrechamente al original, o bien a costa del original mantenerse demasiado aferrado a lo peculiar de su nación.

En la Historia de la traducción las simpatías de los traductores se han dirigido con mayor frecuencia hacia las traducciones "por el sentido o la idea", que son las que Goethe denominaba "paródicas" porque, según J. Lasso de la Vega⁵, "pretende(n) sólo apropiarse el sentido ajeno y volver a expresarlo con los propios medios". Es el tipo de traducción que ya atrajo a Cicerón cuando en un texto clásico en la teoría de la traducción (*De optimo genere oratorum*, 4-5) establece los dos principios fundamentales de su traducción de Demóstenes y Esquines: no traducir palabra por palabra (*uerbum pro uerbo*) sino el estilo (*genus*) y el sentido general (*uim*), y utilizar los términos más adecuados a la propia lengua (*uerbis ad nostram consuetudinem aptis*).

4 Cf. A. Garzya (1991), "Considerazioni sulla traduzione di testi di prosa greca tardoantica". *Actas de La traduzione dei testi classici* (Palermo, 1988). Nápoles. p. 179. n. 1.

5 "La traducción de las lenguas clásicas como problema". *Experiencia de lo clásico*. Madrid 1971. p. 95.

Los preceptos ciceronianos serán recogidos por el patrono de los traductores, S. Jerónimo, cuya egregia imagen preside merecidamente los carteles de estas *Jornadas*. En una de sus epístolas (*Ad Pammchium, de optimo genere interpretandi*) el traductor de buena parte de la *Vulgata* latina recomendaba trasladar a la propia lengua el sentido de la extraña como si ésta fuera un prisionero (*quasi captiuos sensos*) con el derecho del vencedor (*iure uictoris*). Su máxima corre pareja a la de Cicerón: *non uerbum de uerbo, sed sensum exprimere de sensu*.

Similar principio observará mas tarde la epístola de Lutero sobre la traducción (*Sendbrief vom Dolmetschen*, ed. K. Bischoff, Tübinga 1955), que valdría como una suerte de manifiesto de la manera de traducir que permite libertades con la letra en nombre de la fidelidad al sentido⁶ y, en general, algo semejante cabe afirmar de las traducciones de los humanistas del Renacimiento.

Pero cuando la unidad considerada no es el texto, sino la palabra, recaemos en la traducción interlineal, la única que han conocido ciertas épocas como la Edad Media. La única también que, normalmente, se ha aplicado a la traducción de los textos inspirados de carácter religioso: "Oriente y el Medievo –escribe Renan (*Averroès et l' averroïsme*, París 1882)– casi no han conocido la traducción más que como un mecanismo superficial por el que el traductor, abrigándose detrás de la oscuridad del texto, descarga sobre el lector el cuidado de encontrar allí un sentido". Pero tal vez ese "mecanismo superficial" al que se refiere Renan en algunos casos no lo sea tanto. No obstante, cierta es la observación de que tal modo de traducir ha sido motivado, entre otras razones, por la creencia de que el orden de palabras de un texto sagrado es un misterio.

Parece que lo ideal sería una traducción literal y, a la vez, literaria ("tan literal como sea posible y tan literaria como sea necesaria" era el lema que D. Lisardo Rubio solía repetir en sus clases de textos latinos); traducción que, sin olvidar el contenido, tenga también en cuenta el estilo, "de tal modo que el texto traducido pueda en rigor servir de base a un comentario o a un juicio crítico en el mismo grado que el texto original"⁷.

6 Cf. F. Rosenzweig (1936). "Die Schrift und Luther". En M. Buber - F. Rosenzweig, *Die Schrift und ihre Verdeutschung*, Berlín.

7 Cf. L. Gil (1953-54). "La enseñanza de la traducción del griego". *Estudios Clásicos*, II, p. 325 y M. Dolç (1966). "Teoría y práctica de la traducción". *Didáctica de las lenguas clásicas*, Madrid, p. 75.

No hay que olvidar que las palabras y sus ritmos predominantes, la forma no menos que el sentido, son lo específico de estas versiones transparentes que no esconden el original, que mantienen el carácter del autor traducido y, que, en definitiva, no pretenden verter la forma desde el fondo, sino que intentan aproximarse al fondo desde la estricta fidelidad a la forma. Son traducciones no modernizadoras que rememoran la extrañeza del original y que intentan, como preconizaba Schleiermacher y suscribirá Pannwitz, llevar al lector hasta el autor a través de "un cierto color de extrañeza" perceptible en la traducción, como la del *Cantar* de Fray Luis, el Platón de Schleiermacher, las de Píndaro y Sófocles por Hölderlin, el *Agamenón* de Humboldt y el de Browning. En contraste con las traducciones de los siglos XVII y XVIII, la época de las "bellas infieles", nuestro siglo suele preferir este tipo de *fidus interpres*, que fue precisamente el título que llevó el volumen de las *Actas de las Primeras Jornadas de Historia de la Traducción* organizadas por esta Universidad en el año 1987.

Por ello, resulta en cierta medida paradójico que algunos de los más grandes filólogos clásicos, precisamente alguno de los que siempre profesaron la máxima objetividad en su visión del mundo clásico, se hayan revelado como traductores algo infieles. Nos referimos, por ejemplo, a Wilamowitz y sus traducciones de la tragedia griega, en las que late un cierto olvido de la forma originaria. Pero ésta no es, como quería el gran filólogo germánico, algo accidental al pensamiento, sino que está unida sustancialmente a él. De ahí la imposibilidad de una traducción perfecta de, pongamos por caso, el fragmento 2º de Safo, donde la descripción de los síntomas del enamoramiento va formalmente acompañada en el original griego de una reiteración fónica de oclusivas fuertes (χρῶτι πῦρ ὑπαεδρόμηχευ... ἐπιρρόμβεισι δ' ἄχουαι), que Catulo no pudo conservar del todo en su traducción latina (*Carmen* LI): *tenuis sub artus flamma demanat, sonitu suoapte tintinant aures*; o de las alteraciones en Demóstenes (5. 14), Φίλιππον πάλιν πόλεμος δι' Ἀμφίπολιν, sugiriendo el orador con ellas que la toma de *Anfípolis* por *Filipo* será un motivo de guerra ("*pólemos*") para los atenienses; o del progresivo incremento silábico de cada miembro en la enumeración de Demóstenes en 5. 5, καὶ

Cf. también el primer capítulo de F. Güttinger (1963), *Zielsprache. Theorie und Technik des Uebersetzens*. Zurich, pp. 7 y ss.: "Soll sich die Uebersetzung lesen wie ein Original?". Para V. García Yebra [(1982), *Teoría y práctica de la traducción*. Madrid, p. 43], el ideal de toda traducción es "decir todo lo que dice el original, no decir nada que el original no diga, y decirlo todo con la corrección y naturalidad que permita la lengua a la que se traduce". Podría ser la "regla de oro de toda traducción". cf. D. Gonzalo Maeso (1968), *Actas del III Congreso de la S.E.E.C.*, Madrid, III, p. 421.

χρόνου βραχέος διελθόντος, donde la idea del paso del tiempo se ve acompañada por el aumento progresivo de una sílaba en cada palabra; o, en fin y para terminar también con el orador, asimismo resulta problemático, por no decir imposible, reproducir en una traducción los juegos verbales a los que Demóstenes somete el nombre de su rival Esquines (Αἰσχίνης) y el verbo griego "avergonzarse" (αἰσχύνομαι), como en 18, 121: "Escuchas, Esquines (...) pero ni te avergüenzas..." (Ἀκούεις, Αἰσχίνη... ἀλλ' οὐδ' αἰσχύνει...). En estos, como en otros casos similares, no habrá más remedio que dejar constancia en notas de estos recursos formales que apenas pueden ser vertidos en la traducción.

Corremos ahora una página en nuestra exposición para centrarnos en los problemas específicos de la traducción en las clases de latín y griego con algunas orientaciones generales.

La traducción es cosa que se aprende con la práctica y no se deja asir en unas pocas reglas⁸, aunque cabe hablar de algunas orientaciones generales. Aprender a traducir exige, ante todo, desaprender ciertas cosas que los alumnos suelen traer aprendidas. Requiere vencer la prisa de traducir y la prisa de comprender, o sea, resistir a la intuición que casi siempre nos engaña.

Conviene, en primer lugar, que el alumno tenga conocimiento de las circunstancias históricas y culturales de la obra y su autor para encuadrar el texto y situar sus referentes reales. De alguna manera, todo traductor –incluido el alumno– deberá sentirse "contemporáneo" del texto que traduce. Por ello se hace recomendable una selección de lecturas que acompañen a la traducción para que el alumno conozca algo más de la literatura clásica y se familiarice con su ambiente espiritual.

Hay que empezar con la lectura atenta y detenida del texto, a ser posible en voz alta (según recomendaciones de Nietzsche), tal y como hacían los propios griegos, que puede ir precedida de una más

8 Cf. R. W. Jumpelt (1961). "Die Uebersetzung lässt sich nicht in 'Regeln' fassen". *Die Uebersetzung naturwissenschaftlicher und technischer Literatur*. Berlín, p. 27. Además de sólidos conocimientos gramaticales se requiere en el traductor sensibilidad literaria. Es, en definitiva, un "arte" [cf. W. E. Süskind y G. von der Vring (1963). "Die Kunst der Uebersetzung". Vol. col. *Die Kunst der Uebersetzung*. Munich, pp. 9 y ss.]. J. Marouzeau [(1963). *La traduction du latin*. Paris, p. 5] pone, sin embargo, el acento más en la "técnica", en el método riguroso, que en el "arte".

superficial, "como a vista de pájaro"⁹, para percibir sumariamente el sentido general del texto, sin dejarse llevar por esa primera intuición, por ese cierto sentido de verosimilitud, destructor de todo análisis, que a menudo acomete al alumno. Como dice J. Alsina¹⁰, "la primera idea, cuando se trata de traducciones, no es casi nunca la mejor".

En el análisis procederemos desde lo más simple a complejo: a) aislar las oraciones (principales y subordinadas, interpretar la puntuación, descubrir los subordinantes); b) reconocer las formas gramaticales (con atención a las desinencias dobles o ambiguas, etc.); c) definir en cada oración las relaciones sintácticas (a partir del verbo, en torno al cual agrupamos sujeto, régimen, etc.).

Puede ser un buen método combinar la adquisición de la morfología con la de la fonética, la sintaxis y el vocabulario, preferentemente de manera inductiva, es decir, extrayendo los datos de los textos mismos que se vayan traduciendo¹¹, unos textos que, si es posible, no serán adaptados, sino originales, pues es en ellos donde la lengua real se encuentra en toda su complejidad y belleza¹². Será ésta una explicación progresiva que podrá acudir a la comparación con fenómenos análogos de otras lenguas conocidas por el alumno.

Tras la labor de análisis riguroso, buscaremos el sentido de los términos, cuestión no menos problemática de la traducción¹³. Se procurará que la adquisición del vocabulario por parte del alumno se haga también de manera escalonada y racional: estructurando los términos por campos léxicos, estudiando sus sinónimos y antónimos, insistiendo en la derivación y composición, etc. Éste es un aspecto que no debe descuidarse en la enseñanza de la traducción. En gran medida, la perplejidad que ofrece al alumno la primera lectura de muchos textos clásicos, en oposición a lo que suele ocurrir con los textos en lenguas modernas, viene dada no

9 Cf. Dolç, *art. cit.*, p. 68.

10 "La enseñanza de las lenguas clásicas en el curso Preuniversitario". *Didáctica de las lenguas clásicas*, *op. cit.*, p. 69.

11 Cf. A. García Calvo (1953-54), "Orientaciones para la preparación al examen de latín". *Estudios Clásicos* II, p. 34.

12 Cf. M. Marín Peña (1966), p. 78; J. Debut (1976), *La enseñanza de las lenguas clásicas* (trad. esp.). Barcelona, p. 92. También hay voces a favor de los textos "ficticios" o "adaptados", cf. P. Wülfing (1986), *Tem e Problemi della Didattica delle Lingue Classiche*. Roma, p. 79.

13 Cf. F. Maier (1967), *Stilübungen und Interpretation im Griechischen*. Munich, pp. 78 y ss.

tanto por la ignorancia de los conocimientos gramaticales (en muchos casos superiores o, por lo menos, equiparables a los adquiridos de otras lenguas) como por el casi completo desconocimiento del vocabulario que aparece. Esa sensación inicial de incomprensión, pese al reconocimiento de las estructuras gramaticales utilizadas, resulta de lo más desazonadora para el alumno, bloqueándole a menudo. Por ello hay que procurar que el alumno vaya adquiriendo de manera adecuada el vocabulario para saber manejar —y también prescindir— del diccionario.

Es esta última una cuestión sobre la que todavía se cruzan abiertas polémicas. Algunos pedagogos franceses¹⁴ han protestado de la "tiranía" ejercida por el diccionario sobre profesores y alumnos, aconsejando su total supresión para evitar algunas de sus consecuencias negativas: pérdida de tiempo, desaliento, comodismo, despersonalización, según ellos. Así suele ocurrir, en efecto, cuando se pone en manos de los alumnos prematuramente o cuando no se les instruye convenientemente sobre la manera de utilizarlo (por ejemplo, si no saben distinguir los sentidos principales de los secundarios). Parece, pues, saludable, que cuanto antes se habitúe el alumno a reflexionar sobre el sentido general del término, deduciendo el particular, según el contexto, en cada caso concreto, en vez de buscar y rebuscar en el diccionario palabras archisabidas so pretexto de encontrar soluciones "maravillosas" para el texto en cuestión.

También nos parece oportuno, aun en las primeras etapas de la enseñanza, una primera incursión por los pagos de la crítica textual. Puede ser interesante que el alumno compruebe, a la vista del aparato crítico de una edición, cómo cambia la traducción de un texto según adopte el editor tal o cual variante de los manuscritos o conjetura de los filólogos.

Los diferentes autores llaman también la atención sobre algunos errores frecuentes en la práctica de la traducción¹⁵. Conviene que el alumno no traduzca siempre la palabra latina o griega por la española que se le parezca: la llamada "traducción etimológica", en algunos casos conveniente y hasta elegante, en no pocos resulta también errónea e inexacta históricamente.

14 Cf. J. Rodríguez (1953-54), "El uso del diccionario en el estudio del latín". *Estudios Clásicos*, II, pp. 357-58; Debut, *op. cit.*, pp. 84 y ss.

15 Cf. F. Güttinger, *op. cit.*, pp. 114 y ss.

También se debe evitar una "regularización" del original que supla omisiones, evite reiteraciones y anacolutos, o que elimine, en aras de una supuesta claridad, *hendiadys*, *hysteron proteron*, litotes y otras figuras estilísticas, manteniendo, si es posible, las ambigüedades conscientemente buscadas por el autor. Por ejemplo, en Sófocles (*Antígona*, v. 472), el Corifeo, en presencia de Creonte y refiriéndose a Antígona, dice εἶκεν δ' οὐκ ἐπίσταται κακοῖς, donde el último adjetivo puede interpretarse como neutro plural ("desgracias") o como masculino también plural ("malvados"). Pues bien, casi todos los intérpretes traducen según la primera posibilidad menos comprometedora (Antígona "no sabe ceder ante las desgracias"), porque acaso piensen que no sería verosímil que el Corifeo –segunda posibilidad– llamara "malvado" (κακός) a Creonte, en su presencia, por el uso despótico que hace del poder, ante el que "no sabe ceder" Antígona y sus leyes "no escritas". Sin embargo hay que respetar el uso –nos parece– conscientemente ambiguo que Sófocles, con su fina ironía, hace del término, insinuación que percibiría el espectador de la pieza y de la que debemos dejar constancia, siquiera en notas.

Si se traduce a autores como Tucídides o a Tácito se procurara, siempre que sea posible, evitar la versión parafrástica por afán de aclaración del texto difícil. La dificultad de interpretación de estos autores, que radica en la concisión, la asimetría, etc., la sentían ya sus contemporáneos: la traducción reflejará fielmente el estilo del original, el carácter del autor traducido. Una traducción parafrástica, de períodos amplios, no dará idea del estilo tucidideo y, seguramente, explicará más de la cuenta. Las aclaraciones pueden, en su caso, relegarse a notas, como hemos sugerido antes.

Hay autores de frase larga y otros de frase corta. Especial atención se dedicará a reproducir en lo posible la sintaxis del original, evitando, por ejemplo, que autores como Platón, Demóstenes o Cicerón sean vertidos en frases cortas, períodos breves y estructura fundamentalmente paratáctica, que falsearían completamente el estilo del autor. Se procurará, por tanto, huir de ese prejuicio moderno en favor de la frase corta frente al período largo y elaborado de muchos clásicos. Una correspondencia numérica, matemática entre las palabras del texto y las de la traducción no podrá lograrse casi nunca; pero, en los límites de lo posible, se cuidará de la responsión –como recomendaba Fray Luis de León– en el "volumen" de la frase. El camino no es otro –escribía el propio Fray Luis en el Prefacio a su versión literal del *Cantar*, teniendo en mente la traducción yuxtalineal

de las *Sagradas Escrituras*– que "ser fiel y cabal y, si fuera posible, contar las palabras para dar otras tantas y no más".

Mucha atención habrá que prestar al orden de palabras, cuyas leyes de relieve y difuminado hay que conocer para procurar verter sus matices al orden, no siempre parecido, de nuestra propia lengua. En la base de toda traducción que se precie estará un análisis gramatical riguroso que abarcará los matices de las partículas. En Platón, por ejemplo, *República* 366 c, en línea y media podemos leer dos partículas, un *τοι* y un *που*, pero la mayoría de las traducciones parecen no advertir que la primera es la expresión del "absolutismo ático" de Sócrates y la segunda, la del "relativismo" del que allí se hace portavoz Adimanto.

Lo fundamental es el horror a la "lengua de la versión", a los giros hechos, estereotipados por una tradición rutinaria, que difuminan monótonamente el color del original, su estilo. "El deber del traductor –escribe Marouzeau¹⁶– es, por una parte, desaprender el estilo impersonal llamado 'de la versión latina'; es también desaprender su propio estilo, si tiene uno; es encontrar el estilo apropiado al del autor que traduce", aunque nosotros corregiríamos estilo "apropiado" por el estilo "propio" del autor, que el traductor deberá afanarse por encontrar.

Los problemas relativos a la traducción se agudizan, si cabe, en el caso de los textos poéticos¹⁷. Sin embargo, conviene que ya desde las primeras etapas de su formación tenga el alumno un encuentro personal, directo, con los textos poéticos griegos y latinos. Este primer acercamiento a una de las parcelas más hermosas de la literatura clásica servirá también al profesor para sentar los fundamentos de la métrica griega y latina.

Según Higham¹⁸, autor de unas atinadas observaciones sobre la traducción de textos poéticos, lo ideal sería que los poetas fueran traducidos por otros poetas. Lo que no está tan claro es que deban ser traducidos en verso, que impone servidumbres insoslayables en perjuicio de la fidelidad al original. El hexámetro homérico, por ejemplo, suele tener de cinco a

16 *Conseils pratiques pour la traduction du latin*. Paris 1914. p. 148.

17 Es la "intraductibilidad" del lenguaje poético. cf. J. Cohen (1974), *Estructura del lenguaje poético*. Madrid, p. 34.

18 *Oxford Book of Greek Verse in Translation*. Oxford 1938. pp. XXXIII y ss.

ocho palabras por verso, y el español de ocho a once; los acentos no son las cantidades y, lo más importante, el juego de cesuras y períodos no puede conservarse, a no ser que las anotemos gráficamente en la propia traducción (por ejemplo, con líneas transversales), destacando las palabras realizadas por el juego de diéresis y cesuras.

Por último, una referencia a la traducción inversa o retroversión, método que puede ser muy útil para fijar en el alumno todos los conocimientos adquiridos, especialmente los de sintaxis y vocabulario, porque, como afirma J. Alsina¹⁹, "una lengua se 'descubre' realmente cuando hay que 'manejarla', cuando uno choca con las verdaderas dificultades, sean de morfología, de léxico o de sintaxis".

No queremos cerrar esta exposición sin insistir de nuevo en el papel fundamental que una buena labor traductora desempeña en la transmisión del Humanismo. Esta labor es hoy quizá más necesaria que nunca, cuando –en palabras de J. Duchemin en el Prefacio al libro de J. Debut (*op. cit.*, p. 5)– "nos encontramos, en efecto, en un momento crítico para los valores de la civilización, del pensamiento, del arte, de la literatura, de la poesía, de todo aquello que el mundo occidental debe en buena parte a Grecia y a Roma, y que esta misma Europa en trance de transformarse necesitará hallar de nuevo".

19 *Art. cit.*, p. 131.